

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO DE SAVE THE CHILDREN

CLARE MULLEY



# La mujer que salvaba a los niños

UNA BIOGRAFÍA DE  
EGLANTYNE JEBB, FUNDADORA  
DE **SAVE THE CHILDREN**

**Clare Mulley**

# **La mujer que salvaba a los niños**

Una biografía  
de Eglantyne Jebb,  
fundadora de  
Save the Children

Traducido por Mercedes Vaquero



Título original: *The woman who saved children*  
Publicado por Oneworld Publications

© Clare Mulley, 2019

© de la traducción: Mercedes Vaquero, 2019

© Editorial Planeta, 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.  
Alenta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.  
Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-17568-72-6  
Depósito legal: B. 15.806-2019  
Primera edición: septiembre de 2019  
Preimpresión: gama sl  
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# SUMARIO

<b>PREFACIO</b> .....	15
<b>AGRADECIMIENTOS</b> .....	15
<b>ÁRBOL GENEALÓGICO</b> .....	17
<b>ILUSTRACIONES</b> .....	19
<b>BOCETOS</b> .....	21
<b>ELENCO DE PERSONAJES</b> .....	23
<b>1. IMAGINAR A EGLANTYNE, 2009-1876</b> .....	35
<b>2. CONOCIENDO A LA FAMILIA, 1876-1894</b> .....	43
<b>3. DESENTRAÑANDO SU ENTORNO, 1895-1898</b> .....	67
<b>4. PONIENDO A PRUEBA EL INSTINTO MATERNAL, 1898-1900</b> .....	95

<b>5. DÍAS FELICES, 1901-1902 .....</b>	<b>115</b>
<b>6. BREVES ESTUDIOS EN ASUNTOS SOCIALES, 1902-1910 .....</b>	<b>141</b>
<b>7. CARTAS DE AMOR, 1907-1913 .....</b>	<b>167</b>
<b>8. AYUDA EN «LOS BÁRBAROS BALCANES», 1913 .....</b>	<b>195</b>
<b>9. CONVERSACIONES CON LOS MUERTOS, 1914-1915.....</b>	<b>227</b>
<b>10. RODEADA DE ACCIÓN, 1914-1916.....</b>	<b>251</b>
<b>11. ENCONTRADO EN LA TRADUCCIÓN, 1917-1919 .....</b>	<b>275</b>
<b>12. SAVE THE CHILDREN, 1919 .....</b>	<b>303</b>
<b>13. CORAZÓN Y MENTE, 1919-1920.....</b>	<b>329</b>
<b>14. «SUPRANACIONALISMO», 1920-1923 .....</b>	<b>355</b>
<b>15. LOS DERECHOS DEL NIÑO, 1922-1925 .....</b>	<b>389</b>
<b>16. PLACAS CONMEMORATIVAS, 1920-2009 .....</b>	<b>409</b>
<b>EPÍLOGO: VERDADES Y VIDAS .....</b>	<b>427</b>
<b>ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL SAVE THE CHILDREN .....</b>	<b>433</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>435</b>

# 1. IMAGINAR A EGLANTYNE, 2009-1876



El mundo no es egoísta, sino poco imaginativo y muy concurrido.

EGLANTYNE JEBB, 1920

**P**ara triunfar en la vida debemos dar vida», escribió Eglantyne Jebb mientras buscaba un modo de darle sentido a la suya. Pero Eglantyne no «dio vida» en el sentido literal convirtiéndose en madre. Pese a las expectativas sociales, nunca se casó y no le gustaban los niños, los «pequeños desgraciados» como ella los llamaba, «nunca se me pasó por la cabeza la terrible idea de llegar a conocerlos mejor». Eglantyne eligió entregar su vida a la consecución del bienestar y de los derechos del niño desde una distancia estratégica. Con ello ayudó a salvar la vida de millones de niños europeos y rusos que morían de hambre después de la primera guerra mundial. También cambió para siempre la forma en que el mundo considera y actúa en favor de los niños.

Su legado, que se encuentra tanto en la labor de Save the Children, la mayor agencia independiente internacional para el desarrollo del niño, como en el reconocimiento de los derechos del

*Autorretrato de Eglantyne perdiendo documentos importantes de su carpeta, Cambridge, c. 1906.*

niño consagrados en la Convención sobre los Derechos del Niño de las Naciones Unidas, ayuda ahora a proteger las vidas, así como a apoyar las oportunidades, de millones de niños en todo el mundo. Esto es dar vida a gran escala, y, sin embargo, a pesar de haber ayudado a dar forma al mundo moderno de una manera tan espectacular a través de la vida de nuestros niños y las relaciones intergeneracionales, en la actualidad se ha relegado a Eglantyne prácticamente al olvido.

También el biógrafo da vida de manera indirecta, aunque de un modo mucho más modesto. Me topé con Eglantyne por primera vez cuando trabajaba como captadora de fondos para Save the Children. La dificultad para recaudar fondos no radicaba en los programas británicos e internacionales de la organización benéfica, que, al ser innovadores y eficaces, pedían a gritos su apoyo. El problema era que demasiada gente había dejado de escuchar. La proliferación de organizaciones benéficas para la infancia y de agencias internacionales de desarrollo que contactaban repetidas veces con los mismos donantes supuso que el concepto «dar la lata» se convirtiera en algo agotador. Sintuéndome un tanto desanimada después de unas pocas semanas sin éxito en la redacción de propuestas, descubrí restaurada mi fe en la naturaleza humana al leer una frase tranquilizadora que Eglantyne había escrito ochenta años atrás: «El mundo no es egoísta, sino poco imaginativo y muy concurrido». Eso es todo, tal cual. Sus palabras tuvieron una sorprendente inmediatez para mí, y pronto desarrollé una extraña habilidad para hacer que incluso los donantes potenciales más recalcitrantes reconsideraran sus prioridades y dedicaran un momento a ser generosos. El genio de Eglantyne consistía en captar la imaginación de la gente, permitiéndoles empatizar con los temas que afectan a la humanidad, y creer que podían contribuir personalmente a una solución significativa. Ella fue, en resumen, una persona inspiradora. Por lo tanto, resultaba sorprendente lo ausente que parecía estar ahora de la organización, aparte de un párrafo en la página web, el nombre de una sala de reuniones, una foto en la pared de una oficina, un

folleto informativo y su máquina de escribir Smith Corona portátil —«tan mala» se quejaba de vez en cuando—, y que ahora permanecía aparcada de forma permanente en el archivo.

La fotografía debe haber sido tomada por motivos publicitarios de Save the Children; encaja con el perfil a la perfección. Eglantyne se ve sobria y guapa, aunque un poco incómoda, sentada posando en su escritorio. Con la excepción de algunos mechones rebeldes, tiene el pelo blanco recogido hacia atrás con horquillas, su cuello de encaje se asienta con suavidad sobre una elegante chaqueta oscura, y mira con calma su trabajo, pluma en mano. Debió ser una mañana húmeda; la sombra de la lluvia se proyecta claramente sobre las persianas de las ventanas y la luz entra difuminada, proporcionando una dulzura a la imagen que enfatiza la feminidad de esta digna defensora del bienestar de los niños. A pesar de su preocupación por los derechos de los niños, no hay ni rastro de las sufragistas aquí. La foto colgaba sobre el escritorio de mi directora: dos mujeres admirables sentadas detrás de serios montones de papeles. Mi jefa también personificaba a la consumada profesional; una fantástica captadora de fondos, superorganizada, ingeniosa de forma apropiada y maravillosamente persuasiva con la flor y nata de la sociedad. La mayoría de nosotros pensábamos que era casi perfecta, si acaso un poco demasiado perfecta. ¿Era un reflejo moderno de esta Eglantyne femenina y dedicada?

Es inevitable que se produzca cierto grado de distorsión cuando una sola fotografía viene a representar toda una vida, toda una persona, por lo que estuvo bien ver la hoja informativa gratamente peculiar, «Treinta y cuatro cosas que no sabías sobre Eglantyne Jebb», compilada por el archivista de Save the Children. Como todas las buenas listas, ésta demostró cierta excentricidad tanto en su composición como en su contenido. Me enteré de que Eglantyne era «extremadamente belicosa» de niña, y de adulta olvidaba a menudo adónde iba y se dejaba su equipaje en los trenes. Era una «tímida belleza furtiva» a la que le encantaba practicar escalada y bailar, escribía malas novelas de amor, abrigaba es-



peranzas románticas fallidas y no era, al menos al principio, una gran captadora de fondos. ¡Viva!: una heroína con defectos después de todo. Comencé a experimentar una creciente sensación de empatía, afecto y curiosidad.

Más tarde encontré otra imagen de Eglantyne que colgué sobre mi propio escritorio. Se trata de un autorretrato a pluma y tinta, un pequeño dibujo irregular que ella misma esbozó una vez en el borde de una carta a un amigo. Eglantyne aparece como una mujer en movimiento, cabeza en alto, vista al frente, caminando por una calle. Sus pies, enfundados en zapatos cómodos con cordones, asoman a cada extremo de su larga falda, tirando de ella y formando un triángulo a medida que avanza. También tiene el pelo recogido, pero aquí lo lleva bajo un sombrero eduardiano negro y plano, una típica mujer liberada y feminista de finales del siglo XIX, no demasiado elegante pero perfectamente aceptable. Lleva un gran paraguas fino bajo su largo y delgado brazo, junto con un enorme cartapacio del que salen volando varias hojas sueltas a su paso sin que ella se dé cuenta. No está bien dibujado, pero eso lo hace aún mejor: es Eglantyne consciente y felizmente imperfecta. Es tentador considerar este autorretrato como una imagen real, pero por supuesto la verdad es que no hay una única imagen de nadie. Casi con toda seguridad, cuanto más atrae o refleja una imagen al observador, menos probable es que represente todo el contradictorio conjunto de verdades humanas que hace que la gente resulte tan fascinante.

En 2001, mostrando una dedicación notablemente menor a la causa que la de Eglantyne, que nunca tuvo hijos, dejé de trabajar para tener un bebé; me pareció un buen momento para obtener de un modo despreocupado más información sobre esta perfecta e imperfecta mujer. Apenas dos años después de la muerte de Eglantyne, su hermana menor Dorothy escribió un primer esbozo biográfico en su historia de los primeros años de Save the Children. El libro se tituló *The White Flame* («La Llama Blanca»), por el apodo que Eglantyne se granjeó entre sus colegas y simpatizantes, admiradores de la intensa pasión que hacia el final

de su vida le ponía a su trabajo. La cita en la portada reza: «Su grandeza era la grandeza del espíritu».<sup>2</sup> Se trata de un retrato breve y muy personal. Pronto le siguieron otras memorias, algunas reseñas biográficas en antologías poco conocidas como *Shropshire History Maker* o una candidatura a la canonización, y una respetuosa biografía, la maravillosamente titulada *Rebel Daughter of a Country House*, escrita por un cooperante que conocía a la familia Jebb.<sup>3</sup> Eglantyne ha sido desde entonces un buen gancho para la prensa en varios de los aniversarios de Save the Children. En la actualidad, en tanto que mujer moderna, tiene una entrada en el *Oxford Dictionary of National Biography*, así como su propia página en Wikipedia.

Un resumen de estas diversas fuentes biográficas proporciona una cronología útil, presentando la vida de Eglantyne como corta pero llena de esfuerzos y logros. Extremadamente inteligente y apasionada por sus cometidos sociales, Eglantyne experimentó con valentía en su carrera y su trabajo voluntario. Al desafiar la ley y a menudo las ideas más conservadoras de sus propios colegas y simpatizantes, desarrolló la «Fundación» temporal de subvenciones Save the Children para convertirla en una pionera y duradera organización de desarrollo. Llena de encanto y carisma, convenció al papa y a los mineros, a la aristocracia británica y al gobierno bolchevique, a la fiscalía en su juicio por distribuir información no autorizada por los censores del gobierno, y a la incipiente Liga de Naciones en Ginebra. Fue un gran éxito en lo público; es innegable su logro en la promoción tanto de Save the Children como del concepto aplicado de los derechos humanos universales de los niños. Pero la historia es menos clara en lo personal. Escritora compulsiva, no logró publicar ninguna de sus

2. Buxton, Roden, Mrs. Charles (Dorothy Jebb) y Edward Fuller, *The White Flame: The Story of the Save the Children*, Fund. Weardale Press, Londres, 1931.

3. Wilson, Francesca, *Rebel Daughter of a Country House: The Life of Eglantyne Jebb*, George Allen & Unwin, Londres, 1967.

novelas y a veces parecía desdibujar la distinción entre realidad y fantasía. Como a todas las estudiantes de su época, no se le permitió graduarse, y duró menos de un año en sus dos trabajos remunerados. Sufrió repetidas decepciones amorosas, perdió la salud con rapidez y más de una vez pareció perder el control de su mente.

Esto suscita algunos interrogantes: ¿Qué fue lo que motivó a Eglantyne? ¿Por qué una mujer con su inteligencia y sorprendente belleza nunca llegó a casarse? ¿Acaso quiso tener hijos propios, y el hecho de nunca haber sido madre fue relevante para que sintiera tal pasión por su causa? ¿O era impersonal su interés por los niños? Y de ser así, ¿por qué? ¿Estaban relacionadas de alguna manera sus habituales enfermedades, sus altibajos emocionales y su vívida imaginación tan vital para su trabajo visionario? ¿Y por qué a menudo parecía llevar ropa tan adusta? ¿Quién fue esta solterona inspiradora con una chaqueta marrón y qué le pasaba exactamente por la cabeza? Las diversas «vidas» publicadas de Eglantyne tienden a centrarse en lo que hizo más que en quién era, en su «hacer» más que en su «ser». Cuando se considera su «ser», a menudo se la presenta como alguien que murió soltera y sin hijos a la temprana edad de cincuenta y dos años, como una mártir de su causa. «Se ofreció a sí misma como sacrificio por sus ideales», elogió Ramsay MacDonald, entonces primer ministro británico, en un discurso con motivo del décimo aniversario de Save the Children. Incluso en sus obituarios mencionaban el tema, presentándola como una «santa», «la conciencia de la humanidad», y como si hubiera «vivido en un plano diferente al común de los mortales». Pero los cordones de sus zapatos y las malas novelas sugieren que Eglantyne vivía en el mismo plano que el resto de nosotros. De repente, quise liberarla de la «tiranía del logro».

Pero justo cuando tuve más tiempo para saber más sobre Eglantyne al dejar mi trabajo, empecé a perder mi sentido de la empatía al tener un bebé. Peor aún, comencé a sentirme la antítesis de Eglantyne, que nunca tuvo hijos y dedicó su vida a la causa.

Fue insopportable. Muchos biógrafos modernos confiesan conectar de un modo natural con sus sujetos de estudio. Comparé mi vida con la de Eglantyne y encontré algunas felices similitudes; ambas éramos de clase media y habíamos tenido una buena educación, y a ninguna de las dos se nos dio especialmente bien en un principio recaudar fondos. Por otro lado, Eglantyne fue una mujer soltera independiente que nunca tuvo hijos, parecía sufrir de algún tipo de trastorno bipolar, se aventuró en el espiritismo, se convirtió en una oportunista supervisora de los derechos humanos y desarrolló un movimiento social internacional de alcance mundial. Yo no era más que una madre primeriza estresada. A simple vista, no había mucho con lo que trabajar. Sin embargo, las aparentes contradicciones en la vida de Eglantyne sí tocaron una fibra sensible: era evidente que se trataba de una mujer sin mucho instinto maternal, que renunció a su libertad para dedicarse en cuerpo y alma a propiciar el bienestar de los niños. Por mi parte, yo me escabullía de la crianza de mi hija para obtener tiempo y trabajar en mi propio proyecto. Yo era en realidad lo contrario a Eglantyne, una especie de señora Hyde para su doctora Jebb. Me reconfortaba la creencia del biógrafo romántico Richard Holmes de que «el verdadero proceso biográfico comienza precisamente en el momento en que esta ingenua forma de amor e identificación se rompe. El momento de la desilusión personal es el momento de la recreación impersonal y objetiva».

Holmes, como muchos otros respetados biógrafos, se puso a buscar adrede a sus sujetos de estudio, en su caso siguiendo los pasos de Robert Louis Stevenson a través del sur de Francia en «un acto de invasión psicológica deliberada». Decidí que era hora de salir en busca de Eglantyne.